

y su majestad el dios Ra de Sachbu habló á Isis, á Nephthys, á Meschent, á Heqt y á Chnumu diciéndoles: — ¿No quereis acudir presurosos para hacer parir á Ruddedet los tres hijos que han de ser reyes de todo este país, para construir templos en vuestras ciudades, proveer vuestros altares de comestibles y ofrecer muchos sacrificios? — Entonces estas divinidades se convirtieron en damas ilustres y Chnumu fué con ellas como criado, y ayudaron todas á Ruddedet á parir. A cada uno de los tres niños pronunció Isis un par de palabras, segun las cuales tomaron sus nombres, lo mismo que el Antiguo Testamento nos refiere de los hijos de Jacob. Primero nació Userkaf, luego Sahure y por fin Kakau. A cada uno de ellos se le profetizó que seria rey. Cuando los dioses salieron de aquella casa, Userré, marido de Ruddedet, dió un presente á su criado Chnumu, como recompensa por los servicios prestados. Las diosas volvieron á enviarle dotado de fuerzas milagrosas. A los catorce dias la madre se purificó y arregló su casa: luego llegó una sirvienta para ver el presente y supo el secreto. Refiérese que en cierta ocasion Ruddedet castigó á su criada y ésta, encolerizada, se preparó, segun parece, á descubrir á Chufu el destino de los tres niños. Al llegar aquí este relato termina el papiro, no pudiendo desgraciadamente descubrirse por qué medio Chufu recibió el codiciado objeto y los tres niños llegaron al trono.

CAPITULO IX

DECADENCIA Y RUINA DEL ANTIGUO IMPERIO

Desde la época de Snofru hasta fines de la quinta dinastía, es decir, en el espacio de unos tres siglos, en la magnífica y pacífica corte de Menfis se construyeron una tras otra varias pirámides á la orilla del desierto y multitud de tumbas (1). Como los antiguos mastabas habian sido construidos en anchos espacios y en calles casi regulares, poco á poco fué faltando sitio y nació una confusion que cada día iba en aumento. Constrúyese allí donde todavía hay sitio, ábrense los sepulcros unos dentro de otros, aprovéchanse los muros de todos los edificios y se practica una verdadera expoliacion en las edificaciones. A fines de la quinta dinastía el juez de la ciudad de Nechent y el juez agrario Chutotepher consideran necesario manifestar de un modo expreso «que su sepulcro estaba situado en un lugar puro, donde antes no habia habido ninguna tumba de hombre alguno, y que para su construccion no aprovecharon nada que perteneciera á otro (2).» Véase cómo sus contemporáneos se permitieron con mucha frecuencia instalarse en antiguos sepulcros, y en efecto conocemos mas de un mastaba que fué usurpado sin consideracion alguna por posteriores generaciones.

Este hecho, y la creciente decadencia de la construccion de pirámides, hubieran podido servir á los contemporáneos de advertencia de que el estado de cosas existente habia vivido demasiado y de que estaba cercano el dia en que habia de ser sustituido por una forma nueva. Aunque los magnates de Ani y de Assa no lo sospecharan, no faltaban síntomas que demostraban que las cosas habian cambiado de sitio: nosotros mismos podemos reconocer algo de esto por

(1) Perrot (*Historia del Arte*, pág. 186 de la traduccion) exagera mucho cuando calcula «en 1200 á 1500 años por lo menos» el espacio de tiempo durante el cual se construyeron los mastabas. Estos datan de fines de la sexta dinastía y entre el mas antiguo y el mas moderno de ellos median, á lo sumo, 400 años; siendo un hecho digno de admiracion que durante tan largo período el estado y el sistema de construccion de tumbas permanecieran invariables. Acerca de una forma distinta del mastaba que ahora aparece junto á la antigua, véase Maspero en las *Mémoires de la mission française au Caire*, fasc. 2, página 194.

(2) Mariette: *Mast.*, D 60.

los títulos, por ejemplo en un pasaje en que se expresan de un modo regular pero muy incompleto los cambios que las cosas han sufrido. En los últimos tiempos de la quinta dinastía encontramos con frecuencia junto á los títulos de los magnates la palabra «efectivo:» á cada paso vemos «juez efectivo,» «gobernador efectivo,» «amigo íntimo efectivo del Faraon» y aun «pariente efectivo del rey.» Esto indica que en aquel tiempo era muy comun conferir las grandes dignidades del imperio simplemente como título y hemos de aceptar que un gran número de magnates, cuyas tumbas conocemos, quizás no desempeñaron en realidad ninguno de los muchos cargos con cuyos títulos se adornan. Esto nos demuestra que la influencia de la nobleza, de las familias acomodadas se habia aumentado considerablemente y que mientras la corte las consideraba en alto grado, iba perdiendo su consistencia la organizacion de la clase de funcionarios. En esta se habia introducido durante la quinta dinastía una importante modificacion, en virtud de la cual al frente de los «grandes del Sur» habia un «gobernador del Sur» á quien estaba sometido todo el país meridional (3). Indudablemente hubiera sido imposible conservar en la forma que entonces tenia la centralizacion de la administracion local.

Este cambio se realizó cuando terminó la dominacion de la quinta dinastía con el largo reinado (30 años) del rey Una, primer soberano que hizo escribir en las paredes de la cámara sepulcral de su pirámide el texto del ritual de los muertos. Ignoramos si la quinta dinastía se extinguió pacíficamente ó si fué derribada de un modo violento, pero parece seguro que en sus últimos tiempos ocurrieron desórdenes y luchas intestinas. Entre las muchas inscripciones que se encontraron en las canteras de Hammamat, en el desierto árabe, cuya explotacion comenzó entonces, vemos dos que hablan de trabajos de los reyes Imhotep y Ati. Este último hizo arrancar de aquellas canteras en el primer año de su reinado las piedras necesarias para construir su pirámide, llamada *bau*, «las almas.» Ambos reyes son completamente desconocidos y la pirámide de Ati no está mencionada en ninguna otra parte, pudiendo creerse que fué destruida ó usurpada por sus enemigos. Con grandes visos de verosimilitud se ha colocado á estos dos reyes en el período que siguió inmediatamente á la extincion de la quinta dinastía: Ati es quizás Othoes, citado por Manethon como primer soberano de la sexta dinastía y de quien dice que fué asesinado por sus guardias reales.

De todas maneras, tales reinados debieron de ser efímeros: el fundador de la nueva dinastía, que segun Manethon procede tambien de Menfis, es Teti II, y su legítimo sucesor, y probablemente hijo, es Pepi I: entre uno y otro menciona la tabla de Abydos á un rey Userkare' que no encontramos citado en otra parte y que fué seguramente un usurpador, pues en los monumentos contemporáneos no encontramos en la serie oficial mas que á Una, Teti y Pepi, y aun cuando altos funcionarios se lisonjean de haber gozado del favor de Una primero y del de Teti despues ó del de Teti primero y del de Pepi despues, no demuestra esto que entre uno y otro no hubiera ningun reinado, sino que los magnates del soberano vencedor tenian motivos para no mencionar en las inscripciones de sus tumbas las relaciones que habian mediado entre ellos y el usurpador. Por todas estas cosas—y algo semejante ocurrió á fines de la cuarta dinastía y quizás en otras ocasiones—

(3) Lepsius: *Mon.*, tomo II, págs. 60-64. Este «gobernador del Sur» Ra'schepes, es el único cuya existencia antes de la sexta dinastía está probada, y como era sacerdote de las pirámides de Ra'nufer Ani y de Dedkare' Assa, resulta que pertenece á los últimos tiempos de la quinta dinastía. Por lo demás, lleva el título comun que correspondia á un grande del Sur y se distingue de Una y de sus demás sucesores del tiempo de la sexta dinastía.

nes en que los documentos oficiales parece que pintan un estado de tranquilidad—se comprenderá cuán difícil es hacer una narración histórica seguida, aun cuando se posean muchos materiales.

Oficialmente la nueva dinastía no rompió con el pasado: el culto funerario de Una y de sus antecesores subsistió como antiguamente y como antes fué el primer cuidado del nuevo soberano atender á la construcción de su pirámide y enviar una legión de trabajadores y de tropas, bajo la dirección de un «tesorero de dios» y de varios inspectores, á las canteras de Ro'au, Hammamat y Syena. Los soberanos continuaron residiendo en su «ciudad de las pirámides», es decir en Menfis; y ya hemos visto que esta ciudad, llamada tam-



Ra'hotep y Nofert.

bien Mennofer, del nombre de la pirámide de Pepi I, estuvo en cierto modo situada en la comarca de la actual Sakkarah. A pesar de esto, á donde quiera que dirijamos nuestras miradas encontramos modificaciones de gran importancia. En efecto, así como hasta entonces los magnates del imperio que tenían grandes sepulcros se hacían enterrar en los cementerios de Menfis, entonces se levantaron magníficas construcciones sepulcrales en todos los lugares de Egipto, en Zawyet el Meitin, Schech-Said, Qasr-Saijad, Elefantina y Abydos. Respecto de esta última ciudad había un motivo religioso, es decir, el deseo de ser enterrado en el punto donde el gran dios en cuyo reino se iba á entrar, había padecido y sido enterrado. Por eso se hicieron construir en ella un mastaba los grandes funcionarios de quienes se sabe que vivieron y ejercieron sus cargos en Menfis, y entre ellos pueden citarse Una, el suegro de Pepi I, los «visires y comandantes de la ciudad de las pirámides» que fueron enterrados allí. Otra cosa sucede con los sepulcros que se labraban en las rocas, cuyas paredes, sin embargo, tenían los mismos adornos que las de las mastabas: estos sepulcros pertenecían á magnates que vivían lejos de la corte y que se construyeron sus tumbas en los territorios que administraban y en los cuales tenían su casa y sus bienes. En sus inscripciones sepulcrales consignaban el nombre del lugar de donde eran oriundos y oraban al dios de su capital. De suerte que en oposición á la organización del Estado en tiempo del Antiguo imperio, encontramos

una nobleza local en extremo independiente (1): los títulos nos permiten conocer por completo este fenómeno. Los «grandes del Sur» desaparecieron de un solo golpe al subir al trono la sexta dinastía, desde cuyo momento no encontramos ya el título de «jefe y jefe de distrito» (2). En

cambio, el título de «primero despues del rey» (3) que por regla general llevaban antes estos funcionarios, subsistió y aparece en casi todas las citadas tumbas, pero generalmente va á él unido el de «soberano de la ciudad.» En una lista de funcionarios de aquella época, despues de los «condes», «tesoreros» y «primeros amigos», vienen mencionados los «coroneles y soberanos de ciudad del Sur y del país del Norte.» El título de «coronel» (4) ó de «gran coronel» (5) sirve, en lo sucesivo, para designar por regla general al gobernador de un distrito, á quien los griegos llamaban nomarca, debiendo aquí como tal entenderse. Los «coroneles y soberanos de ciudad» de la lista no son mas que los «primeros despues del rey y los soberanos de ciudad» de las inscripciones sepulcrales (6).

De esto se deduce que con la sexta dinastía desapareció la antigua centralización administrativa, siendo sustituida por un régimen local. Los altos funcionarios constituyeron una nobleza hereditaria que residía en el punto en que estaba situado el grueso de su patrimonio y á la cual se confiaba la administración de su distrito nativo. La clase de funcionarios se convirtió, como en la Edad media, en una clase feudal. Así los nomarcas del distrito de las Cabras construyeron sus sepulcros cerca de su residencia Hebenu, en Zawyet el Meitin, los del distrito de las Liebres enfrente de su capital Hermópolis, en Schech-Said (5), y los de Neschit (6), que es quizás la Tolemaida de posteriores tiempos, en el Alto Egipto, Qasr-Saijad (Chenoboskion). Muy recientemente, segun me participa Erman, se han encontrado tumbas de los nomarcas de Elefantina, siendo casi seguro que pertenecieron á nobles muy poderosos é independientes. No todos los nomarcas tenían los recursos que poseían los citados del Egipto central y no podían, por tanto, hacerse construir magníficos sepulcros.

Por encima de estos nomarcas estaba el citado «gobernador del Sur» que por regla general llevaba el título de «conde» (7) (ha) (7), y que debía velar por los derechos de la corona

(1) Erman, *Egipto*, tomo I, págs. 66-135, ha sido el primero en reconocer que esta es la explicación de un hecho hasta ahora enigmático.

(2) Los únicos «jueces y jefes de distrito» cuya existencia puedo demostrar son *Teti'anch* (Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 117 d, inscripción en Elkab) y Qednes, Semnofer y Chuthotep (Mariette: *Mast.*, E 5, 6, 17), los tres sacerdotes de pirámides de soberanos de la quinta dinastía, que Mariette coloca en los tiempos de la sexta. Indudablemente pertenecen á la época de transición y conservaron sus antiguos títulos. El hecho de que el título de juez aparece con frecuencia ya solo ya con otro durante la sexta dinastía, apenas merece llamar la atención.

(3) El primero en encontrarlo fué Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 113, fines de la sexta dinastía. La lista se encuentra en la inscripción de Una, línea 17 (página 185).

(4) En los sepulcros de Menfis y Abydos se encuentra este título, de un modo aclaratorio, aislado: *Mémoires de la mission française au Caire*, fasc. 2, página 192. Mariette: *Catalogue d'Abydos*, número 359, *Mastabas*, E 11 (en Visir).

(5) Los nomarcas del primero se llaman también muchas veces «sacerdotes de la casa del espíritu (ka) de Pepi» (Lepsius: *Mon.*, 110 g. z. 111, k, por lo cual en Schech-Said encontramos una vez «soberano de la casa de Pepi» (id. 112 d). Me parece dudoso que Brugsch tenga razón cuando ve en ello la indicación de una ciudad fundada por Pepi.

(6) Lepsius: *Mon.*, tomo II, página 113, g. Véase Brugsch: *Dict. géograph.*, página 361.

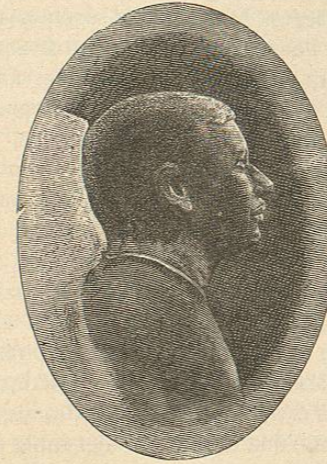
(7) Gobernadores del Sur, durante la sexta dinastía, conocemos un gran número, lo propio que visires: unos y otros eran generalmente enterrados en Abydos. El dictado de «gobernador del Sur» que llevaba

en los distritos. Una, que desempeñó este cargo durante el reinado de Merenre, tuvo sus razones para hacer, durante su administración, un recuento de los bienes del fisco. El gobernador del Sur era, al parecer, el hombre casi más influyente del imperio, mientras que el visir, que era de superior categoría, debía limitarse á sus funciones judiciales y á la dirección de la capital. En cuanto á lo que ocurría entonces en el delta, nada positivo sabemos desgraciadamente. Por lo demás, es natural que, una vez dado el impulso, fuera aumentando el poder de los nomarcas. En los últimos tiempos de la dinastía llevaron estos por regla general el título de «condes» (ha)—despues llegaron á ser «príncipes» (rpa'ti)—se denominaron «tesoreros mayores» y fueron, al parecer, independientes de la real administración económica (1).

Los hechos referidos nos demuestran que en la revolución que tuvo por consecuencia el destronamiento de la sexta dinastía no se trataba simplemente de una cuestión de personas, sino que fué, de hecho por lo menos, una victoria de la nobleza sobre la monarquía, y terminó con una reforma ad-

ministrativa radical, por medio de la cual el gobierno central vió muy limitada su jurisdicción en puntos esenciales. Aun cuando no podremos demostrarlo, es indudable que la monarquía tuvo en esto la principal culpa y que, como acontece por regla general en Oriente, la misma dinastía de las pirámides, que comenzó tan bien, acabó por sumirse en la indolencia, en los placeres y en las violencias, facilitando con ello á la nobleza el camino de la rebelión. Por lo demás, reconocemos que con mucha razón el papiro de Turin termina con la muerte de Una un gran período y suma los años de todos los reinados desde Menes. Desgraciadamente, esta cifra se ha perdido.

Los nombres de los soberanos de la sexta dinastía están citados con frecuencia en los sepulcros y sobre todo en las canteras de Wadi-Hammamat. Pepi I, por ejemplo, envió también á la península del Sinaí «una expedición con un tesorero de Dios para cortar lápiz-lázuli (mafkat),» expedición que naturalmente tuvo las acostumbradas escaramuzas con los beduinos (Mentín), segun se desprende de una inscripción



Cabeza de Ra'hotep.



Cabeza de Nofert, de perfil.



Cabeza de Nofert, de medio lado.

triumfal; hecho que se repitió durante el reinado de su hijo menor Pepi II. Mas adelante, se conservaron noticias de las construcciones de Pepi I en Dendera y Tanis (2). Todo lo demás que acerca de la historia de la dinastía sabemos está tomado de la inscripción sepulcral de uno de sus magnates, de Una, de la cual hemos sacado tantos datos importantes (3). Ya hemos visto cómo Una comenzó su carrera en tiempo de Teti I y Pepi I: este último le regaló un sarcófago de piedra caliza de Ro'au, le nombró «presidente del país de Chent» y en un proceso de Estado contra la reina Amtsi, prescindió del juez que había de conocer de él y le confió la instrucción de la causa. Entonces estalló una guerra contra los heruscha, súbditos de Amu. Amu es la palabra semítica *am*, que significa pueblo y posteriormente se usó para designar generalmente á las poblaciones sirias; y *heruscha* no significa en egipcio mas que «los de la arena», los habitantes

Uau, enterrado en Schech-Said, es simplemente un título (Lepsius: *Mon.*, tomo II, pág. 113 a); lo propio puede decirse de Zauta, enterrado en Chenoboskion (id., 114 i), á no ser que éste hubiese desempeñado un elevado cargo.

(1) «Tesorero mayor» es el título de los nomarcas. Lepsius: *Monuments*, tomo II, pág. 111 k, y junto con *ha'*, pág. 113 a g, y también, en lo que á esto se refiere, pág. 114 c i.

(2) Debo manifestar que el altar de Turin, con la famosa lista de dioses que contiene el nombre de Pepi (Birsch en las *Transactions of the Society of Biblical Archeology*, tomo III), puede muy bien ser de época posterior, como lo enseñan la forma y el contenido de las inscripciones.

(3) Detalladamente comentada y traducida por Erman: *Revue Égypte*, 1882, I.

de la arena. Por tanto es muy probable que esta guerra comenzara con las escaramuzas de la península del Sinaí y fuera dirigida contra los beduinos semi-sedentarios del Sur de Canaan, en el país que el Antiguo Testamento llama Edom y que despues se denominó Arabia Pétreá. Con esto concuerda perfectamente el curso de la lucha. Los habitantes quizá dirigieron contra Egipto sus correrías de rapiña.

Una describe los preparativos y el curso de la guerra con frases patéticas: «Su majestad aprestó un ejército de muchos diez miles de todo el Sur, del país del Norte, del territorio de los templos, de las... fortalezas (4), de los países de negros A'artet, Zam, Amam, Uauat, Kaau, Tatam;»—ya hemos dicho que estas tribus negras de la Nubia eran vasallas de los egipcios—«y su majestad me puso al frente del ejército. Allí estaban los condes, los tesoreros, los íntimos de palacio, los nomarcas (coroneles y soberanos de ciudad) del Sur y del país del Norte, y presidentes del patrimonio de los templos al frente de las tropas del Sur y del país del Norte (es decir, del país llano, la clase agrícola) de las ciudades que administraban y de los negros de estas comarcas y yo les tracé el plan, aun cuando no era mas que un presidente del país de Chent del Faraon.» Luego refería, al parecer, cómo el ejército, mediante grandes contribuciones, se aprovisionó, se reunió y fué

(4) Desgraciadamente no sabemos qué lugar era éste: las fortalezas están indicadas por el determinativo *murallas*.